

# La fauna de la imaginación, allá y aquí

René Avilés Fabila

*Ruggiero libera a Angelica*, óleo de Jean Auguste Dominique Ingres de 1819 que reproduce una escena de *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto. El guerrero Ruggiero montado en un hipogrifo libera a Angelica, encadenada a una roca y amenazada por un monstruo marino. (Imagen: Walter Mori / Mondadori Portfolio via Getty Images)



*En conmemoración del primer aniversario luctuoso del escritor, académico y profesor distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana, ofrecemos —gracias al rescate de Martha Fernández y a la generosidad de Rosario Casco— este texto inédito hasta ahora donde el autor de El gran solitario de Palacio nos habla de la tradición del relato fantástico universal en la que se inserta su libro El bosque de los prodigios (Laberinto Ediciones, 2015).*

PARA MARTHA FERNÁNDEZ

EL CAMPO DE LA LITERATURA NO LE FUE AJENO al historiador Gastón García Cantú. En sus inicios escribió un magnífico libro de relatos que el Fondo de Cultura Económica editó: *Los falsos rumores*. Más adelante no volvió a la creación, pero fueron muchos sus ensayos sobre temas literarios. En uno de ellos, “De Granada a Borges”, publicado originalmente en *Cuaderno de notas* y luego en la antología *Idea de México*, Gastón habla de la fauna que produjo la imaginación europea, aunque muchas criaturas de ese bestiario vienen de Asia y del Medio Oriente. El trabajo está centrado en la figura de Fray Luis de Granada (España, 1504 – Portugal, 1588), discípulo del ilustre Pedro Mártir de Anglería, sospechoso de herejía, brillante orador y predicador de corte cicero-niano y uno de los mayores prosistas del siglo XVI, un hombre sabio, atento a la observación de los animales, como mucho más adelante lo estuvo el escritor simbolista francés Maurice Maeterlinck con dos libros notables: *La vie des termites* y *La vie des fourmis*. Lamenta Gastón que el estudio se haya limitado a los seres que la naturaleza puso ante nosotros y no se interesara en los creados por la mente humana, pródiga en trabajos artísticos.

El historiador mexicano, cauteloso, protesta: “Fray Luis tuvo a la mano una vasta biblioteca —Plinio, san Ambrosio, Eliano, Aristóteles...— y su sensibilidad

de artista. No asoman en sus páginas, ninguno de los animales que la imaginación de Europa creaba en América. Para conocerlos es necesario ir a las *Décadas del Nuevo Mundo*, en que Pedro Mártir de Anglería pone, en limpio latín, las pláticas de Fray Tomás Ortiz, un bravo dominico que vivió siete años en las regiones vecinas a Panamá, cerca de las salinas de Yucatán...”.

La fauna que vieron los conquistadores en la América descubierta o inventada no es otra que la misma que hoy podemos contemplar. Su desbordada fantasía los hacía exagerar sus descubrimientos en cartas y crónicas que iban a Europa, principalmente a España. Hay en todos esos textos una mezcla de realidad e imaginación que sin duda tenía la necesidad de impresionar a familiares y autoridades, darse una valentía más grande de la que poseían.

Sin embargo, la imaginaria indígena tenía lo suyo, las culturas prehispánicas eran profundamente ensombreadas, como sus religiones y su propia naturaleza poética. Los devotos católicos que venían atrás de la soldadesca violenta y ávida de riquezas, no podían dejar de sustraerse al encanto de las deidades extrañas y las leyendas que desgranaban poetas y artistas plásticos distantes de la cultura occidental. Algo más, también eran crédulos como acabados productos de la fe cristiana. Gastón García Cantú recuerda sueños y profecías del mundo que estaba a punto de desaparecer por la violencia española. Sahagún cuenta una historia que seguramente escuchó de bocas nativas: “...fue que los cazadores de las aves del agua cazaron una ave parda del tamaño de una grulla, y luego la fueron a mostrar a Mochtecuizoma, que estaba en una sala tenía esta ave en medio de la cabeza un espejo redondo, donde se parecía el cielo, y las estrellas, y especialmente los masealejos que andaban cerca de las cabrillas: como la vio Mochtecuizoma espantóse, y la segunda vez miró en el espejo que tenía el ave: de ahí un poco vio muchedumbre de gente junta que venían todos armados encima de caballos, y luego Mochtecuizoma mandó llamar a los agoreros y adivinos y preguntóles, ¿no sabéis que

es esto que he visto? Que viene mucha gente junta, y antes que respondiesen los adivinos desapareció el ave, y no respondieron nada”.

Jorge Luis Borges tuvo el acierto, señala Gastón García Cantú, de continuar la búsqueda de animales fantásticos, siguiendo a muchos autores de bestiarios, los colocó con inteligencia y cultura en un libro llamado en México *Manual de zoología fantástica* y en Argentina *El libro de los seres imaginarios*. Gastón destaca un lamento, una queja: que en este libro de Borges aparecen el ave Fénix, la anfibena, las arpías, el catoblepas, el mirmecolén y el hipogrifo, y como en la obra de Fray Luis de Granada, omite animales americanos. Al parecer, el argentino vivía distante del mundo prehispánico. Una vez, en México, alguien le hizo tocar la escultura de la serpiente emplumada. Borges confiesa repulsa.

Como muchos otros escritores o recopiladores de bestias extrañas, yo trabajé por muchos años con la fauna que nos venía de Europa y Asia, busqué en religiones distantes y en obras literarias el modo de hacer un zoológico mío, un bestiario. Algo logré. De tal forma que me veo como uno de los escasos escritores en español que ha trabajado con la fauna mitológica y religiosa de tradición muy antigua, y que, finalmente, ha creado sus propios animales, aberraciones o monstruos. Publiqué finalmente un libro llamado *Los animales prodigiosos*, obra que prologó el poeta Rubén Bonifaz Nuño e ilustró José Luis Cuevas (en España, poco después, hubo una edición aumentada con un par de textos que llevé por nombre *El libro de los seres prodigiosos*). Con la edición mexicana gané el Premio Colima a la mejor obra publicada, en 1997. En realidad no inventé mucho más de lo que otros me habían proporcionado, a lo sumo, a diferencia de otros escritores de bestiarios, usé a los animales como personajes de historias, esto es, no me limité a enumerarlos y narrar sus características, sino a convertirlos en personajes de mis historias, de un tipo de fábulas modernas donde la moraleja se desprendía de la propia lectura del texto, con frecuencia una mezcla de géneros: cuento, ensayo, aforismo...



Arreola y Borges trabajaron en sendos bestiarios. El primero describió con hermosas metáforas animales que todos hemos visto, una cebra, un rinoceronte, una foca. El segundo con materiales clásicos de la fauna inventada por el hombre. Los seguí con intenciones diferentes. De Borges tomé algunas bestias, la diferencia radica en que yo los hice personajes de una historia, ejes de modestas tramas. Pronto sentí agotado el tema y pasé a la creación de una nueva clase de fauna fantástica que, supongamos, habitó en Mesoamérica antes de la llegada de los conquistadores.

Dicho en otros términos, fatigada la veta fantástica, tuve necesidad de crear una mitología propia, americana, intentar darle a Mesoamérica una fauna propia capaz de competir satisfactoriamente con la griega o las orientales. De este modo surgió *El bosque de los prodigios* que ilustró el artista Guillermo Ceniceros. Imagino que con este trabajo voy más allá de los bestiarios tradicionales, inventé una zoología fantástica propia de Mesoamérica, una mitología prehispánica maravillosa, con seres que ya no vieron los ojos europeos, para echar luz sobre la capacidad de imaginación del mundo prehispánico.

Tan antiguo como el mundo de la literatura es el arte de la invención de bestias prodigiosas: ellas han poblado la imaginación de los lectores. La Grecia clásica y la época medieval, tan profundamente religiosas a su manera, lograron despertar a la vida a una larga serie de monstruos y seres extraños. Retomé, pues, esa noble tradición y conseguí (eso espero) una mitología propia de la América anterior a la llegada de los europeos, un libro donde surge una fauna que pudo existir en la mente mágica de los primeros habitantes cuyas culturas fantásticas fueron destruidas de tajo y otras se perdieron en el misterio de selvas impenetrables y cúspides inauditas.

Es posible que mi querido Gastón García Cantú pudiera estar satisfecho de lo obtenido por mi trabajo, que su preocupación por hallar una fauna prehispánica de la imaginación, la haya yo cubierto o al menos sea el inicio de trabajos mayores que nos muestren la grandeza de culturas que no pudieron desarrollarse cabalmente. 